

Orar, un hermoso deber

"El tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro.

El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo. La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar.

Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión. Hay personas que se sumergen totalmente en la oración, como los peces en el agua, porque están totalmente entregadas al buen Dios. Su corazón no está dividido" (S. Juan M^a Vianney).

El Señor nos llama a una intimidad creciente con Él por medio de la oración. Quiere que le dediquemos tiempo. Que tratemos de amores con Él, que es el *Capitán del cielo* (cf. Santa Teresa) ...

Recuerda: *En la oración pensar está bien; hablar (coloquio) es mejor; pero lo fundamental es amar.*

Rezar es pensar o hablar con Dios AMÁNDOLE...

Volvemos a insistir en la importancia del **Silencio** y de la **Soledad** interior para hacer oración. El que pretenda avanzar por este *camino real* de la oración, y más en el ruidoso mundo actual, debe empeñarse en conseguir una auténtica **capacidad de soledad y silencio**.

El **silencio** es siempre la situación interior y exterior privilegiada, no sólo para hablar con Dios, sino también para **escucharle**. Y consiste no sólo en no hablar, sino estar lleno por dentro: es *riqueza y plenitud interior*. Exige, además, callar a todos los apetitos desordenados, a todas las tendencias malsanas de nuestro hombre viejo, y así capacita para el diálogo íntimo consigo mismo y con Dios.

Igualmente la **soledad**: que es una situación anímica de serenidad interior, compatible incluso con los quehaceres propios de una vida activa. En ella el espíritu se siente libre, desprendido del mundo exterior, zambullido en Dios. La paz embarga el alma.

Estas son algunas expresiones de Santa Teresa:

"Acostumbrarse a soledad es gran cosa para la oración".

"Los que comienzan a tener oración han de ir acostumbrándose a no dárseles de ver ni oír, y aun ponerlo por obra las horas de oración, sino estar en soledad y apartados, pensar su vida pasada".

"Porque lo que más hemos de procurar al principio es solo tener cuidado de sí sola y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella, y esto es lo que le conviene mucho"

Y San Juan de la Cruz escribió:

"Olvido de lo creado, memoria del creador, atención a lo interior y estarse amando al Amado".

El justo vive de fe, dice Pablo a los primeros cristianos (cf. Rom 1,17).

Los paganos contemporáneos de Pablo, como los que nos rodean a nosotros, viven no de fe, sino de sentidos, de cosas que se palpan, se ven, se oyen (dinero, comodidad, placer, vanidad). En la noche de paganismo, los nuevos primeros cristianos (nosotros) tienen que ser luminarias. Es la fe quien las enciende. La fe desarrolla en las almas «la mente de Cristo» (1Cor 2,16), el instinto de Dios.

Pero necesita clima de recogimiento y oración para madurar. Los grandes santos adquieren esta ciencia divina más por la **oración** que por los libros. Su biblioteca principal es el Espíritu Santo. Las luces divinas más elevadas descienden a las almas en el **silencio del amor**.

*Esta vida de fe consiste en **fiarse de lo que Dios nos dice, o permite que nos suceda, aunque no lo comprendamos con nuestros sentidos o nuestro entendimiento. Consiste en creer lo que no vemos o entendemos, sólo porque Dios nos lo ha dicho, por medio de las circunstancias o por las personas que en su nombre nos gobiernan.***

Consiste en saltar por encima de las apariencias engañosas de las cosas, personas y acontecimientos, para fiarnos de lo que Él nos enseña, o hace con nosotros, aunque nos parezca contrario al sentido o a la razón.

Con la luz de la fe, cada día más intensa, hay que rasgar las apariencias engañosas:

1º) De las cosas

Las cosas (belleza, placer, dinero...) nos deslumbran, haciéndonos creer que esta vida es la vida. La luz de la fe disipa la niebla que las envuelve,... el tiempo pasa; la eternidad se acerca; las almas se condenan. No ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles, pues las visibles son temporales, las invisibles, eternas (cf. 2Cor 4,17). «Los hijos de los hombres no conocen ni la grandeza de lo que es eterno, ni la bajeza de lo que es temporal» (Matt Talbot), pero el cristiano verdadero es luz en la noche.



Valor de las cosas pequeñas ofrecidas: Las cosas nos deslumbran, haciéndonos creer que para hacer apostolado hay que moverse, hay que hacer obras exteriores, tenemos que ser muchos, crecer rápidamente. Esta falta de fe nos impulsa a abandonar los eternos procedimientos de apostolado y de conquista consagrados por Cristo y sus santos: inmolación propia, oración, vida oculta, renuncia, amor. Nuestra aparente inacción apostólica cuando, por ejemplo, estudiamos o nos sumergimos en el silencioso y monótono cumplimiento del deber cotidiano, puede parecernos tiempo perdido, al ver tantas necesidades en las almas sin Dios.

Pero la fe te hace ver el valor del sacrificio del **momento presente ofrecido a Dios con amor y fidelidad**. Sin la fe, nos resulta difícil entender el valor de la **vida oculta** en pleno mundo, en una Iglesia cuyo elemento humano entiende más fácilmente el apostolado

¹ El texto de este tema está esencialmente tomado de los escritos del P. Tomás Morales

activo que la presencia silenciosa de María irradiando vida divina por el mundo, casi sin moverse, estando... **Stabat**.

Vivamos de fe. En presencia del mundo invisible, nuestra alma se siente extranjera en la tierra, huésped y peregrina (cf. *1Pe* 2,11). **Caminamos hacia lo eterno**, sabemos que no tenemos aquí morada permanente sino que buscamos la eterna. No descuidamos las obligaciones de cada día, pero pasamos por la tierra con la mirada fija en el cielo, en donde la Trinidad nos espera, Cristo nos llama, la Virgen y los santos nos hacen señas para que apresuremos nuestra llegada. *"Esto os digo, hermanos: que el tiempo es corto; y queda como solución que los que tienen esposa vivan como si no la tuviesen; los que lloran, como si no llorasen; los que ríen, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutaban de este mundo, como si no disfrutasen de él; porque la apariencia de este mundo se termina"* (cf. *1Cor* 7,29-31)

2º) De las personas

Aparentemente son sólo hombres los que vemos. En realidad, a la luz de la fe, son almas que pueden salvarse o condenarse, hijas de Dios, hermanas de Jesucristo, quien padeció por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas. (cf. *1Pe* 2,21) y para que muramos también por nuestros hermanos (cf. *1Jn* 3,16). Aparentemente son sólo hombres nuestros sacerdotes y nuestros padres, nuestros jefes, autoridades civiles. La realidad es que por medio de ellos Dios actúa y gobierna, sirviéndose de sus limitaciones y miserias, para santificarnos. *«Dios sólo crea el mundo y sólo lo está trastornando para hacer santos»* (Bergson).

El radar detecta objetos perdidos en la noche, envueltos en la niebla. **La fe es radar que nos hace descubrir en todos a Dios.** Con ella vemos lo que es, a pesar de la opacidad del objeto. Un misterioso rayo X que nos revela al Padre presente, aunque **oculto**, en cuantos nos rodean.

«La mejor señal de que uno es amado de Dios, es verse odiado del mundo y asaltado de cruces, tales como la privación de las cosas más legítimas, la oposición a nuestras mejores intenciones, las injusticias más atroces y punzantes, las persecuciones, y las interpretaciones siniestras por parte de las personas mejor intencionadas y de nuestros mejores amigos», escribía Luis Griñón de Monfort a la superiora del convento de Rambervillers, en 1704. Esa había sido su vida desde que abandonó el seminario, pero como vivía de fe, acaba su carta cantando a la Cruz: **«En esta amable Cruz se halla encerrada la sabiduría verdadera que de noche y de día busco con más ardor que nunca. ¡Buena Cruz! ¡Ven a nosotros para mayor gloria del Altísimo! Es el grito que mi corazón repite a menudo, a pesar de mis debilidades, de mis infidelidades»**.

3º) De los acontecimientos

Como las cosas y personas, también los acontecimientos nos engañan. Creemos, dejándonos llevar por las primeras impresiones, que son desgraciados o favorables por sus apariencias sensibles. Nos olvidamos de que **«para el que ama a Dios todo se transforma en bien»**; que *«todas las cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden en la consecución de su último fin»* (San Ignacio, Ejercicios Espirituales, Principio y fundamento). No ponemos en práctica el consejo de San Juan de la Cruz, *«pues habiendo su Majestad ordenándolo así, es lo que a todos más nos conviene. Sólo resta aplicar a ello la voluntad, para que así como es verdad, nos lo parezca. Porque las cosas que no dan gusto, por buenas y convenientes que sean, parecen malas y adversas»* (Epíst. Carta 21, BAC, 1321).

A través de todos los acontecimientos de nuestra vida, Dios va realizando su designio de amor, nos introduce por la gracia de adopción en la familia de la Trinidad, nos *«predestinó a reproducir la*

imagen de su Hijo» (Rom 8,29), *«para que sean completamente uno»* (Jn 17, 23). Aprende así, con Santa Teresa de Jesús, a interpretar providencialmente todos los acontecimientos: *«las contrariedades de la vida las zurcía Teresa con la aguja de la fe y el dedal de la paciencia»*. *«Yo no me quejo, Señor; yo quiero el alma tener lacerada de dolor, que el padecer por amor es muy dulce padecer»* (José María Pemán, o.c., p. 256).

La **paz** inalterable que uno experimenta al sentirse hijo de tan buen Padre, que es nuestro Dios, es el premio en la tierra para el que vive esta vida de fe que endulza todos los sinsabores y amarguras, convirtiéndolas en manantial perenne de gozo íntimo en Dios. *«Yo no me quejo, Señor; yo sé que es goce el dolor si se sufre por amar, y el padecer es gozar si se padece de amor»* (José María Pemán).

Tu mano invisible me conduce. Unas veces apretarás más, otras, menos. No me importa. Ponte el guante que te plazca: terciopelo, crin o hierro. Con cariño de hijo te diré: Permíteme quitar el guante para besar tu mano.

María, el gran modelo de nuestra vida de fe

Sólo poniendo los ojos y el corazón en la Virgen, nuestra Madre, tendremos fuerzas para rasgar las apariencias de cosas, personas y acontecimientos. **Pongamos siempre nuestros ojos en Ella** para contemplar el modelo; y el corazón para alcanzar la fuerza necesaria para **vivir de fe** en medio de las oscuridades y sufrimientos de la vida.

Permanezcamos, con Ella y como Ella, al pie de la Cruz, con fe viva en la Resurrección, mientras le ve morir. Como Ella, esperemos en medio del dolor—Sábado Santo en anhelante y gozosa expectativa—el gran día del encuentro con el Señor resucitado, el abrazo perfecto de duración eterna.

La Virgen no veía, no comprendía nada, no sabía nada. Dios, en la Anunciación, la invita a dar un salto en el vacío. Ella andaba en tinieblas, sin saber, ni ver. Pero tiene el radar de la fe..., y dijo «Sí», y Dios se encarnó en Ella manteniéndola al pie de la Cruz. **La escuela de María es la escuela de la fe.** Si nos matriculamos en ella, si la Virgen es la maestra, Dios abrirá también su tienda entre nosotros (cf. *Jn* 1,14), y veremos ya, desde ahora, lo que *«ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar»* (*1Cor* 2,9). La tierra será cielo anticipado para nosotros, porque la Virgen nos enseñará a manejar el rayo X de la fe.

Nacemos sólo para ver a Dios, eternamente y sin velos, en el cielo; temporalmente y a través de criaturas, en la tierra. En la tierra hay que empezar ya la visión beatífica del cielo, viendo a Dios por la fe en todo—cosas, sucesos— y en todos—personas, y su conducta con nosotros—. *«Quien me ve a mí, ve al Padre»* (cf. *Jn* 12,45). Si vemos a Cristo en todo, y en todos, hasta en sus hermanos más pequeños, vemos también al Padre, comienza el cielo en la tierra.

Con la mirada fija en Dios por la fe, dirigido hacia la eternidad por la esperanza, encontraremos el impulso y nuestro reposo en el amor. Su *impulso*, porque la caridad nos llevará a prodigarnos sin medida por la salvación de las almas. Y el *reposo* en la posesión apacible del Dios inmutable, sin otra preocupación que la de cantar su gloria y extender su Reino en el universo. Nos convertimos en hostia de la Trinidad, es decir, tomamos en serio los compromisos del bautismo.

Viviremos como hijos de Dios bajo el signo de la Cruz, que en la *«intimidad de todos los instantes con Dios, sin que nada le distraiga de este oficio de amar [...] anhela participar de todos los sufrimientos de Cristo para salvar al mundo con Él, ser hostia para la Iglesia con Cristo [...] y sobrepasando todas las cosas visibles, fija su morada en Dios, en la compañía de las Tres Personas Divinas, habitando con Ellas en una misma vida de luz, de amor y de gozo»* (cf. Santa Isabel de la Trinidad).

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

Vivid vigilantes. Orar es la mejor manera de vigilar

"Velad, pues cuando el cuerpo duerme, es la naturaleza quien nos domina; y nuestra actividad entonces no está dirigida por la voluntad, sino por los impulsos de la naturaleza. Y cuando reina sobre el alma un pesado sopor -por ejemplo, la pusilanimidad o la melancolía-, es el enemigo quien domina al alma y la conduce contra su propio gusto. Se adueña del cuerpo la fuerza de la naturaleza, y del alma el enemigo.

Por eso ha hablado nuestro Señor de la vigilancia del alma y del cuerpo, para que el cuerpo no caiga en un pesado sopor ni el alma en el entorpecimiento y el temor, como dice la Escritura: Sacudíos la modorra, como es razón; y también: Me he levantado y estoy contigo; y todavía: No os acobardéis. Por todo ello, nosotros, encargados de este ministerio, no nos acobardamos" (San Efrén)

Texto 1: "Poca fe, ¿por qué dudas?" (R. Guardini)

(Comentario al episodio de Jesús andando por las aguas. Mt 14, 23-31)

La escena se realiza sobre el lago. Jesús, tras la multiplicación de los panes se va al monte a orar y despide a los apóstoles para el lago. Al llegar la noche se va en busca de los apóstoles que estaban en la barca entre grandes olas. Llega andando sobre el agua, tienen miedo y San Pedro pide ir en busca de Jesús también andando por el mar. Jesús le invita hasta que duda y se sumerge: -"Señor, sálvame". - "Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? (Pedro tiene fe y gracias a ella se pone en el dominio de la "fuerza de Jesús" (sentimiento de potencia infinita y autoridad soberana que debió invadirle después del milagro de los panes, y por el que ahora, no apreciaba diferencia alguna entre tierra firme y la superficie líquida). Jesucristo no "cree", existe como el que es, como el Hijo de Dios. **Crear es participar en el ser mismo de Jesús, en lo que es Jesús, no por su creencia sino por su existencia.**

San Pedro está en el campo magnético de esta fuerza y realiza en ella, con Cristo, lo que Cristo hace. Pero toda acción divina es viviente. Oscila, sube y baja. En tanto que San Pedro tiene fija su mirada en Jesús, en tanto que su fe está íntimamente adherida a la voluntad del Señor, el agua le sostiene. Pero la energía de su confianza disminuye en un momento dado, emerge su conciencia humana y siente el vaivén de las olas. He aquí el momento de la prueba. Pero en lugar de fijar más profundamente su mirada en la de Jesús, se desliga de Él. El campo magnético se diluye; Pedro se hunde y la fe "que vence al mundo" se convierte en el grito desesperado: "Señor, sálvame". Y Jesús: "Poca fe, ¿por qué titubeaste?"

Tal pasaje encierra en gran parte la naturaleza de la fe. Se ha pretendido derivar la fe de la razón diciendo que ésta llega a un límite que es incapaz de rebasar, lo cual indica que es razonable fiarte de la Revelación; o de la voluntad, diciendo que ésta busca el valor de las cosas, pero llega al límite de todo valor; luego de este límite debe haber valores celestiales (los de la Rev.)

Tales ideas no son del todo erróneas, pero lo que se impone como decisivo a la conciencia del creyente no es ni una "verdad", ni un "valor", sino una realidad, la realidad del Dios santo, vivo y revelado en Jesucristo. En el centro de todo cuanto podamos pensar y experimentar, en medio de lo que llamamos "mundo", surge una realidad que no pertenece al mundo; un **lugar** en el que se puede entrar, un **espacio** en el que se puede penetrar, una **fuerza** sobre la que nos podemos apoyar, un **amor** al que nos podemos confiar. Todo esto es una realidad diferente del mundo, pero más real que éste. *Tener fe*

significa captar esta realidad, unirse a ella y fundamentarse sobre ella. Vivir la fe es tomar en serio esta realidad.

La vida de fe exige una transformación del sentido de lo real. Para nuestra conciencia, prisionera del mundo y confusa en su visión del mundo mismo, el cuerpo es más real que el alma, la electricidad más que el pensamiento, la potencia más que el amor, la utilidad más que la verdad, y todo esto junto (¡el mundo!) mucho más real que Dios. ¡Cuán difícil es incluso en nuestra oración tener el sentimiento de la presencia real de Dios! ¡Cuán difícil y raras veces posible es considerar en la meditación a Jesucristo como un ser más real y potente que las cosas de la vida corriente! ¿Quién es capaz de levantarse, mezclarse a los hombres, ocuparse en sus asuntos cotidianos, sentir las fuerzas del ambiente y de la vida pública y decir, a pesar de todo, que Dios es más real, que Jesucristo es más fuerte que todo esto?

El vivir de la fe, trabajar y ejercitarnos en ella seriamente y todos los días es lo que ha de transformar nuestra consideración de la realidad y nos ha de llevar a creer real lo que verdaderamente lo es. Los que estén fuera de este ambiente de fe pensarán que es sugestión. No ven el contenido esencial



Tal ejercicio es penoso. Raros son los momentos en que nuestra mirada está fija en Dios y el campo magnético queda cerrado. La tormenta que mueve nuestra conciencia suele ser más potente que la pálida imagen de Jesús. Las más de las veces las aguas no parecen poder sostenernos y las palabras de Jesús diciéndonos que nos llevarán a pesar de todo nos suenan a piadoso simbolismo. Lo que sucedió a San Pedro se repite cada día en nuestra vida. Porque debemos confesar que despreciar, inspirándonos en la palabra de Cristo, lo que es grande a los ojos del mundo, declarar decisivo lo que el mundo considera mezquino, aceptar la incesante contradicción de los hombres y del propio yo, y ser constante a pesar de todo, no es más fácil como lo hizo San Pedro. (El Señor, 349ss, Comentario a Mt 14, 23-31)

Texto 2: La madurez en Cristo (Benedicto XVI)

No deberíamos seguir siendo niños en la fe, menores de edad. ¿En qué consiste ser niños en la fe? San Pablo responde: significa ser «*llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina...*» (Ef 4, 14). ¡Una descripción muy actual!

¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir a error (cf. Ef 4, 14). A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevado a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos.

Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el hombre verdadero. Él es la medida del verdadero humanismo. No es «adulta» una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; **adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo.** Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad.

Debemos madurar esta fe adulta; debemos guiar la grey de Cristo a esta fe. **Esta fe** —sólo la fe— crea unidad y **se realiza en la caridad**. A este propósito, san Pablo, en contraste con las continuas peripecias de quienes son como niños zarandeados por las olas, nos ofrece estas hermosas palabras: **«hacer la verdad en la caridad»**, como fórmula fundamental de la existencia cristiana. **En Cristo coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden. La caridad sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como «címbalo que retiñe»** (1 Co 13, 1). (Homilía misa elección del Papa, 18 abril 2005).

Texto 3: ¡Creo, Señor, pero aumenta mi fe! (C. de Foucauld)

La virtud que el Señor recompensa, la virtud que Él alaba es casi siempre la fe. Algunas veces, alaba el amor, como en el caso de Magdalena. Algunas veces la humildad, pero estos ejemplos son raros. Es casi siempre la fe la que recibe su aprobación y su alabanza... ¿Por qué?... Sin duda porque **la fe es la virtud**, aunque no la más alta (la caridad le pasa delante), por lo menos la **más importante, porque es el fundamento de todas las otras, incluida la caridad, y también porque la fe es la más escasa...**

Tener fe, verdadera fe que inspira toda acción, esta **fe en lo sobrenatural que despoja al mundo de su máscara y muestra a Dios en todas las cosas**; la fe que hace desaparecer toda imposibilidad, que hace que las palabras de inquietud, de peligro, de temor no tengan ya sentido; **la fe que hace caminar por la vida con serenidad, con paz, con alegría profunda**, como un niño cogido de la mano de su madre; **una fe que coloca al alma en un desapego tan absoluto de todas las cosas sensibles que son para ella nada**, como un juego de niños; la fe que da tal confianza en la oración, como la confianza del niño que pide una cosa justa a su padre; esta fe que nos enseña que "todo lo que se hace fuera del agrado de Dios es una mentira", esta fe que hace verlo todo bajo otra luz distinta —a los hombres igual que a Dios—: ¡Dios mío, dámela! Dios mío, **creo, pero aumenta mi fe**. Dios mío haz que ame y que crea, te lo pido por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Texto 4: El valor humanizador de la fe (Benedicto XVI)

Si vivimos con Cristo, también las cosas humanas nos saldrán bien. En efecto, la fe no implica sólo un aspecto sobrenatural; además, reconstruye al hombre, devolviéndolo a su humanidad, como lo muestra el paralelo entre el Génesis y el capítulo 20 del Evangelio de San Juan. **La fe se basa precisamente en las virtudes naturales**: la honradez, la alegría, la disponibilidad a escuchar al prójimo, la capacidad de perdonar, la generosidad, la bondad, la cordialidad entre las personas.

Estas virtudes humanas indican que la fe está realmente presente, que verdaderamente estamos con Cristo. Y creo que, también por lo que se refiere a nosotros mismos, deberíamos poner mucha atención en esto: **hacer que madure en nosotros la auténtica humanidad**, porque **la fe implica la plena realización del ser humano**, de la humanidad. Deberíamos poner mucha atención en realizar bien y de modo correcto nuestros deberes humanos: en la profesión, en el respeto al prójimo, preocupándonos de los demás, que es el mejor modo de preocuparnos de nosotros mismos, pues **pensar en el prójimo es el mejor modo de pensar en nosotros mismos** (Diálogo con sacerdotes. 6 agosto 2008).

2. Ejercicio de CARIDAD para la semana

Esfuérzate por hablar de Dios a los que te rodean, invita a los demás a rezar, con tu ejemplo y tu palabra irradia tu fe... es la mejor forma de hacer caridad con los hermanos. Lee:

"Vosotros (...) sois la esperanza de la Iglesia. ¿Amáis la coherencia encarnada y actualizada de vuestra fe? **Cuando un católico toma conciencia de su fe, se hace misionero** (misionero activo o misionero contemplativo). Insertados como estáis en el Cuerpo místico de Cristo no os podéis sentir indiferentes ante la salvación de los hombres. ¿Queréis un programa de vida que dé a ésta sentido pleno y llene vuestras más nobles aspiraciones? Aquí (...) Javier se abrió a los

valores y encantos de la vida temporal, hasta que descubrió el misterio del supremo valor de la vida cristiana; y se hizo **mensajero del amor y de la vida de Cristo** entre sus hermanos de los grandes pueblos de Asia. A los misioneros émulo de Javier, prontos a partir; y a cuantos sienten la llamada de Cristo para trabajar en su misión; repito las palabras de San Pablo que han inspirado esta liturgia: **"Cuán hermosos los pies de los que anuncian el bien"** (Rm 10,15). Con estas palabras os envío al trabajo misionero" (San Juan Pablo II en Javier. Nov 1982)

3. Ejercicio de ABNEGACIÓN para la semana

Dios "borda" nuestra vida

De pequeño, me sentaba junto a mi madre viéndola coser. Yo le preguntaba qué estaba haciendo. "Estoy bordando", me decía. Yo observaba su trabajo desde abajo, por eso siempre me quejaba diciéndole que sólo veía hilos feos. Ella me sonreía y me decía: «Hijo, ve a jugar un rato y cuando haya terminado mi bordado te pondré sobre mi regazo y te dejaré verlo desde arriba».

Me preguntaba por qué ella usaba algunos hilos de colores oscuros y por qué me parecían tan desordenados desde donde yo estaba. Más tarde escuchaba la voz de mamá diciéndome: «Hijo, ven y siéntate en mi regazo». Yo lo hacía de inmediato y me sorprendía y emocionaba al ver la hermosa flor o el bello atardecer en el bordado. No podía creerlo; desde abajo sólo veía hilos enredados. Entonces mi mamá me decía: «Hijo mío, desde abajo se veía confuso y desordenado, pero no te dabas cuenta de que había un plan arriba. Yo tenía un hermoso diseño. Ahora míralo desde mi posición y verás qué bello es.

Muchas veces a lo largo de los años he mirado al Cielo y he dicho: Padre, ¿qué estás haciendo?». Él responde: **«Estoy bordando tu vida».**

El ermitaño y la roca

En una ocasión, Dios se le apareció a un joven anacoreta que vivía retirado en el desierto. «Hijo mío, quiero que durante un año entero te dediques a empujar esa roca que tienes junto a tu ermita», le dijo. Nada más recuperarse de la sorpresa, el ermitaño se colocó ante la colosal roca, que le duplicaba en tamaño, y comenzó a empujar, confiando en que lograría desplazarla. «Si Dios me lo ha pedido, seguro que me da las fuerzas para moverla», pensó. Pero, tras el primer empujón, la roca no se desplazó lo más mínimo. Y pasaron varios días, y unas semanas, y pasó un mes, y la roca, claro, no se había movido un milímetro, aunque el ermitaño seguía empujando, como le había pedido el Señor.

El día en que se cumplió el año, Dios se le volvió a aparecer y, antes de que le pudiera decir nada, el joven, sudando, le espetó: «Señor, ¿por qué me pediste esto? ¡Llevo todo el año empujando la roca, y no he logrado que se moviese!». Dios le miró con ternura y le respondió: «Hijo mío, **te pedí que la empujaras, no que la movieses.** Mira ahora tus brazos y tus músculos: son mucho más fuertes que antes, y ahora puedes levantar otras rocas más pequeñas que, hace un año, no habrías podido mover».

Me he acordado de esta historietita después de comprobar que son bastantes los católicos que andan flojos en su esperanza. Comenzaron a trabajar en las cosas de Dios con entusiasmo y entrega; rezan y son generosos y, a pesar de todo, los frutos en su vida se pueden contar -o eso dicen ellos- con los dedos de una mano. Hay de todo: desde la madre que se siente frustrada porque sus hijos no van a misa, hasta el sacerdote o la monja que se quejan porque sus feligreses no les hacen ni caso. Y ahí están, empujando una roca que no se mueve un milímetro y a punto de tirar la toalla. **Tal vez sería más sencillo si dejáramos a Dios ser Dios; si cumpliéramos lo que Él quiere de nosotros, y no lo que creemos que va a querer de nosotros. Entonces empujaríamos la roca sabiendo que es Él quien da el fruto** (Alex Navajas).

Señor, danos una **fe grande**, capaz de ver tu acción misericordiosa en los hilos misteriosos de tu bordado. Danos fuerzas para empujar cada día la roca pesada de la vida cuando no comprendemos lo que Tú dispones, cuando el sinsentido nos acecha, cuando experimentamos el peso excesivo de la cruz. Que diga muchas veces: **"Jesús, es por tu amor"**